

RELACIONES ENTRE CULTURA EDUCACION COMUNICACION

*José Joaquín Brunner**

Anfora

Toda sociedad donde el conocimiento adquiere un grado relativo de independencia y especialización debe resolver cómo entrenar a sus élites y formar a sus cuadros profesionales y técnicos.

Educación Superior, de algún tipo, existió en el imperio Romano, en Bizancio en el Islam, en China y en la India. «Pero sólo en Europa medieval emerge una institución reconocible como una universidad: una escuela de altos estudios caracterizada por su autonomía corporativa y la libertad académica, que combina la enseñanza con el cultivo de la erudición» (Perkin, 1991:169).

La primer universidad nació en Boloña, el año 1150, pronto se agregaron las de París y Oxford. En el año 1400 existían en Europa, 30 de estas instituciones. Su difusión hacia ultramar comienza en 1538, con la

fundación de una Universidad en Santo Domingo. Un poco más tarde, los jesuitas crean el Colegio Superior de Santa Ana de Bandra en Bombay, India, que un siglo y medio más tarde se convertirá en la primera universidad de ese país.

En Chile, la Universidad de San Felipe fue autorizada en 1738. Veinte años más tarde abre sus aulas y así, según exclama un comentarista de la época, «quedó corriente el alcázar de las ciencias». Sin embargo, dos décadas después el «alcázar» apenas existía.

Señalaba su Rector: «todo el estudio actual de la universidad se reduce a cuatro meses continuados de una sola conferencia por término de una hora en cada día, lectivo o no feriado, y dos meses de una lección extemporánea de hora y media de argumentos, y en estos ejercicios se turnan alternativamente las trece cátedras de distintas facultades que hay...».

Al completarse el proceso independentista de América Latina se habían creado en la región 33 universidades coloniales, de las cuales una cuarta parte no funcionaba o ya no existía.

De modo pues que durante la fase

inicial de su larga historia, todas estas instituciones se desarrollaron sólo gradual y lentamente. Eran «instituciones pequeñas, prácticamente sin cambios desde su fundación, que ofrecía unos pocos cursos de enseñanza tradicional a través de relaciones casi familiares entre 10 a 20 profesores y unos pocos cientos de alumnos». (Frijhoff, 1992:1251).

Se estima que, en promedio, la biblioteca de una de estas universidades reunía unos 500 libros. Sus alumnos formaban un selecto grupo privilegiado. «En la mayor parte de los países de Europa, las universidades estaban destinadas ante todo para los hijos de los nobles y los aristócratas. Las normas académicas eran bajas, pero la erudición no tenía relevancia en la mayoría de las profesiones. La formación para ganarse la vida en la medicina o el derecho, por ejemplo, se podía adquirir al salir de la escuela superior, trabajando por un tiempo como aprendiz (Rothman, 1992:41).

II

En cambio, el panorama actual es radicalmente distinto. A partir del término de la Segunda Guerra Mundial, las instituciones de educación

superior proliferan y se diversifican rápidamente: la población estudiantil crece de manera explosiva, los académicos se convierten en una profesión numerosa e influyente, y los conocimientos y la información se multiplican como nunca antes.

Hoy prácticamente no hay ninguna profesión que no aspire estar representada en la universidad.

La población postsecundaria a nivel mundial es alrededor de 70 millones de alumnos. Los docentes suman unos 4 y medio millones. El número de revistas científicas es de cerca de 100 mil. La biblioteca de la Universidad de Harvard, que había demorado 275 años en reunir su primer millón de volúmenes, tardó sólo 5 años en completar el último. Gran parte de la literatura especializada está ahora contenida en un

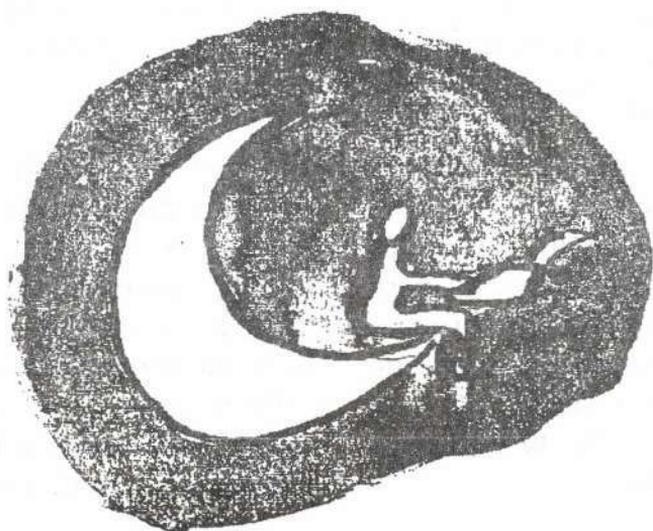
puñado de CD-roms.

En Europa hay 500 universidades; en los Estados Unidos se contabilizan cerca de 3.500 instituciones de educación superior.

En América Latina, en tanto, se estima que existen en la actualidad unas 700 universidades, de las cuales 400 son privadas, y unas 3.000 instituciones no-universitarias de educación superior. El número de estudiantes creció, entre 1950 y 1955, de 250 mil a más de 8 millones.

¿Quién puede no asombrarse frente a la capacidad de sobrevivencia y adaptación de la Universidad?

Durante ocho siglos ha acompañado el proceso civilizatorio, no sólo acomodándose a cambiantes con-



diciones, sino, además, extendiéndose a todas las latitudes, desde Tromso cerca del Artico hasta Punta Arenas en el extremo sur del mundo.

Uno se ve tentado de concluir, sin más, que estamos aquí frente a una de las entidades más flexibles y propensas al cambio que haya producido la inventiva humana. Sin embargo, no es esa la idea predominante entre los analistas, según lo ilustran los siguientes enunciados:

El primero, proveniente de un conocido pensador norteamericano, sostiene que «la universidad ha sido, con la posible excepción de la oficina de correos, la institución social menos creativa -o incluso adaptativa- desde el fin de la Segunda Guerra Mundial». (Kristol, 1968:50).

La segunda suele involucrarse como la «paradoja de Hesburg», de acuerdo con el nombre de un ex-Rector de la Universidad de Notre Dame. Según él, «la universidad se encuentra entre las instituciones más tradicionales de la sociedad pero es, al mismo tiempo, la institución responsable por los cambios que hacen de nuestra sociedad la más cambiante de toda la historia» (Clark, 1983:182).

III

Seguramente, la verdad histórica está en tensión entre ambas afirmaciones. La Universidad ni es la más innovativa de las instituciones, pero tampoco se ha quedado a la zaga de los cambios en su entorno. Influye sobre ellos, pero rara vez los desencadena directamente. Menos aún en la época que vivimos.

Somos parte, en efecto, de un cambio histórico decisivo; el paso de unas sociedades de información escasa y conocimientos estables a una sociedad global de las comunicaciones cuya productividad gira crecientemente en torno a la educación, la ciencia y la tecnología.

La aparición de este tipo de sociedad constituye una radical novedad. Una buena manera de ejemplificar esto consiste en efectuar el siguiente experimento mental, sugerido por un analista cultural.

Imaginen ustedes, dice, una obra de teatro que dura 24 horas, partiendo a media noche y extendiéndose hasta la medianoche del próximo día, diseñada a escala de modo de representar el millón de años de la existencia humana. En dicha obra, la invención del lenguaje, alrededor de cien mil



años A.C., no ocurre hasta las 21:30 horas, y la escritura recién aparece unos ocho minutos antes de la medianoche. Las universidades de Boloña y París entran en escena recién en el último minuto: en tanto que los medios electrónicos de comunicación -el telégrafo, el teléfono, el tocadiscos, la radio y la televisión- apenas empiezan a aparecer 11 segundos antes de las 24 horas. Los fabricantes de dispositivos electrónicos digitales y de ordenadores hacen su entrada 2 segundos antes del final de la obra (Neuman, 1991:7).

He ahí, pues retratada la esencial contemporaneidad del nuevo tipo de sociedad que empezamos a vivir.

Según dijo un antiguo Rector de Johns Hopkins, hemos ingresado en la era de la «universidad post-Gutenberg»: ésto es, en un ambiente

para la educación superior que «representa el más drástico cambio desde la fundación de las universidades de París y Boloña». (Bok, 1986:143).

IV

¿Qué desafíos plantea este nuevo ambiente para la educación universitaria?

De pronto se requiere una completa revisión del ideal educativo de las universidades.

Frente a la asombrosa explosión y el rápido crecimiento de la información, la enseñanza basada en la transmisión de cuerpos fijos de conocimiento sencillamente carece de sentido. La temprana especialización en función de metas vocacionales, técnicas y profesionales, propia del «modelo

napoleónico», pierde asimismo su fundamento.

En cambio, lo que necesita el profesional del futuro es una auténtica educación general; ésto es, un desarrollo integral de su persona y cultura, independiente del entrenamiento ocupacional. Necesita desarrollar sus destrezas de comunicación, primero que todo la capacidad de pensar y escribir claramente. Aumentar sus habilidades analíticas, de apreciación de las maneras como obtenemos el conocimiento y su comprensión del universo, la sociedad y la mente humana. Necesita

reforzar su capacidad para resolver problemas mediante el uso inteligente de la información disponible. Expandir su razonamiento moral y la facultad para formular juicios de valor. Y enriquecer su sentido de la vida a través de la literatura y las artes.

En el ámbito de la formación profesional especializada, los desafíos que enfrenta la universidad son de similar envergadura. Una reciente investigación internacional sobre el estado de la formación profesional en los países industrializados,

muestra que la mayoría de las carreras -desde las primarias tradicionales, como derecho y medicina; pasando por aquellas secundarias ligadas al sector productivo como las ingenierías o la agronomía; hasta las carreras incorporadas tardíamente a la universidad, ligadas al sector servicio, como educación, trabajo social o comunicaciones- enfrenta un serio problema de «saturación curricular» (Clark & Neave, 1992).

'...lo que necesita el profesional del futuro es una auténtica educación general...'

En efecto, las disciplinas de base de las profesiones han experimentado todas ellas un acelerado creci-

miento y una progresiva diferenciación y especialización, difícil de incorporar en los programas de estudio. Así, por ejemplo, las revistas de ciencias médicas se multiplicaron por diez veces durante el siglo XIX, pero han crecido más de cincuenta veces durante el presente siglo (Rothstein, 1992:2279), incluyendo las publicaciones biomédicas y de medicina clínica. Aún así, «las escuelas de medicina descansan todavía fuertemente en el método de lecciones pasivas y en una extensa memorización.

Afortunadamente, varios respetados páneles han preparado últimamente informes que llaman la atención a este hecho y proponen cambios significativos que no demorarán en llegar» (Box, 1986:165).

La rápida renovación y expansión de los conocimientos, plantea un desafío adicional a las universidades. En efecto, prácticamente no hay profesión alguna que se pueda ejercer hoy sin una educación continua o que no requiera sucesivos ciclos-más o menos largos- de reentrenamiento.

Las características de este tipo de formación son

varias: se dirige a alumnos no tradicionales, que tienen experiencia de trabajo y habitualmente poseen una alta motivación para estudiar. En algunos casos, vuelven a la universidad por un período largo, de hasta un año o más, para completar un curso de postgrado o postítulo. En otros casos, las personas buscan completar un ciclo formativo requerido para ascender en la escala ocupacional. A veces los interesados son funcionarios públicos, diplomáticos o militares que desean complementar su formación de base o adquirir calificaciones

exigidas para recibir una promoción. Otros regresan para refrescar sus conocimientos y ponerse al día en los avances más recientes de su disciplina. Cada vez más frecuentemente, se trata de personas que están obligadas o aspiran a cambiar de carrera.

V

También en el campo de la investigación social hay nuevas oportunidades y desafíos para la universidad. Debe intervenir en la solución de problemas cuyo tratamiento exige el empleo coordinado de expertos, información y métodos, tres elementos que tradicionalmente identificamos con la academia.

¿Pero, está la universidad en condiciones de actuar eficazmente en este plano?

A veces le asalta a uno la duda, pues no es claro -y digo ésto como un miembro más de la profesión académica- si acaso nuestras universidades son parte del mundo que está naciendo o si, más bien, son parte del mundo que se eclipsa. Suele uno encontrarlas encasilladas tras sus intereses corporativos,

'...prácticamente no hay profesión alguna que se pueda ejercer hoy sin una educación continua...'

pretendiendo vivir del subsidio, atemorizadas frente a la competencia, apegados a ritos de gobierno y administración

que hace años dejaron de funcionar, cumpliendo nada más que con sus rutinas, casi de espaldas a los desafíos que le presenta la sociedad. O bien su vida intelectual interna es tenue, su elenco de profesores débil y su equipamiento insuficiente.

Algo de esto puede observarse, por ejemplo, en la relación de la universidad con el sector de las comunicaciones, probablemente uno de los más dinámicos dentro del país. Vean ustedes.

Durante los últimos siete años, el sector de telecomunicaciones ha crecido a una tasa anual casi tres veces superior al promedio del crecimiento del producto nacional.

Actualmente, nuestra red telefónica es 100 por ciento digitalizada y posee una cobertura de 13 líneas por cada cien habitantes, comparado con 4.5 líneas hace sólo seis años. La telefonía celular se expande con rapidez. Hoy cubre

'En pocos años se han instalado más de 5 mil kilómetros de fibra óptica ...'

prácticamente todo el territorio nacional, con más de 110 mil suscriptores, y sigue creciendo. El próximo año entrarán en

operación además los sistemas (PCS) de comunicación personal. En pocos años se han instalado más de 5 mil kilómetros de fibra óptica, uno de los principales componentes para el desarrollo de una avanzada infraestructura de comunicaciones.

También la televisión por cable aumenta su cobertura con velocidad. Hay más de 300 mil hogares abonados y los planes de las empresas contemplan una inversión de 650 millones de dólares para los próximos tres años.

Es evidente que ninguno de esos avances se habría producido si el país no contara con recursos humanos -especialmente ingenieros y técnicos electrónicos- altamente entrenados.

Pero la cuestión no es esa. Nuestras universidades y laboratorios de investigación están siguiendo estos cambios de cerca y preparándose para alimentarlos con innovacio-

nes, con nuevas aplicaciones y con una variedad de profesionales -desde abogados hasta periodistas; desde comunicadores hasta diseñadores de programas- capaces de sostener el ritmo de los cambios que están ocurriendo en nuestro entorno.

Me temo que, con contadas excepciones, no estén haciendo todo lo necesario para contribuir al desarrollo futuro del sector.

Por el contrario, hay indicios que llevan a pensar -en este caso y en otros- que las universidades, en vez de estar aprovechando las oportunidades que se le presentan e invirtiendo energía, imaginación y recursos para abrir nuevos cursos de formación y de investigación aplicada, pudieran en cambio estar haciendo sólo lo que ya saben hacer, sin comprometerse en una radical revisión de sus estructuras, rutinas y objetivos en función de las necesidades de nuestro desarrollo y la modernización del país.

Si así fuera, sería hora de replantearse esta situación. Nuestro futuro así lo reclama, como deseo demostrar a continuación, para concluir esta conferencia.

' Hemos optado por una economía de mercado abierta al mundo, por un sistema democrático de gobierno que sea eficaz y estable...'

Chile está empeñado en un gran esfuerzo de modernización y desarrollo, cuyo objetivo es superar

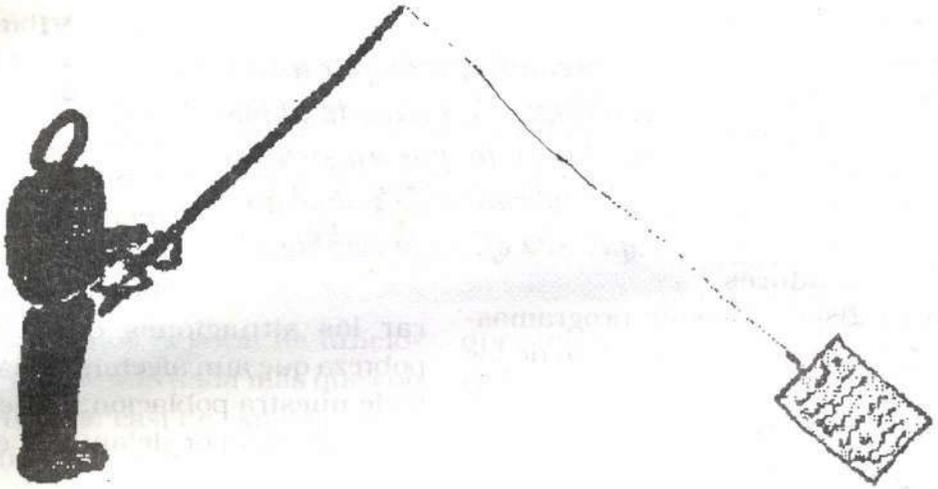
las situaciones de extrema pobreza que aún afectan a una parte de nuestra población. El desafío que tenemos por delante es enorme.

Hemos optado por una economía de mercado abierta al mundo, por un sistema democrático de gobierno que sea eficaz y estable y por una sociedad que proporcione gradualmente mejores oportunidades para todos.

Para lograr esos objetivos tenemos que dar un impulso especial a nuestro sistema científico-tecnológico y de innovación.

En efecto, a medida que Chile progresa se vuelve evidente que el país no podrá competir sobre la base del mero aprovechamiento de sus recursos naturales, un tipo de cambio elevado a la disponibilidad de una mano de obra con escasa calificación y bajas remuneraciones.

Estamos forzados a entrar a una nueva fase del impulso exportador.



agregando conocimiento y tecnología a nuestras exportaciones. Para eso tenemos que fortalecer el sistema nacional de investigación y desarrollo.

El gasto destinado a dichas actividades ha aumentado de un 0.6 por ciento a un 0.8 por ciento del producto entre 1990 y 1994. Si somos capaces de sostener esa tasa de crecimiento, a fines de siglo alcanzaríamos un nivel de gasto en I & D de un 1.2 por ciento del producto - todavía inferior en 2 ó 3 veces al de los países de la OECD- pero tres veces el monto invertido actualmente en nuestro sistema de innovación.

Todo esto contribuiría a fortalecer la competitividad de nuestras empresas; estrecharía los vínculos del sector productivo con las universi-

dades y laboratorios de investigación; permitiría impulsar proyectos tecnológicos de mayor escala en áreas prioritarias para el desarrollo y ampliar nuestra comunidad científica, profundizando sus vínculos con la comunidad científico-tecnológica internacional.

Las universidades tienen aquí un amplio espacio para desplegar su iniciativa. Sin su concurso, nunca estaremos en condiciones de salir del semidesarrollo.

No corresponde al Gobierno indicar a las universidades qué deben hacer y cómo deben comportarse; un marco legal y político que favorece la autonomía de las instituciones y respeta sus decisiones; y tiene detrás suyo un país comprometido con el crecimiento y la modernización, y con los valores de la equidad y la democracia.

BIBLIOGRAFIA

- Bok, Derek (1986). *Higher Learning*: Harvard University Press Cambridge (Massachusetts) and London.
- Bravo, Bernardino (1992), *La Universidad en la Historia de Chile, 1622-1992*; Pehuén, Santiago de Chile.
- Clark, Burton (1983). *The Higher Education System, Academic Organization in Cross National Perspective*; University Press, Berkeley.
- Clark, B & Neave, Guy (eds) (1992). *The Encyclopedia of Higher Education*: Vol. 2. Pergamon Press, Oxford.
- Frijhoff, W. (1992). «Universities: 1500-1900». En Clark Burton & Neave, Guy (eds) (1992). *The Encyclopedia of Higher Education*. Vol. 2: Pergamon Press Oxford.
- Kroston, Irving (1968). «A diferente way to restructure the university». *New York Times Magazine*. Cit. por Bok (1986).
- Newman, W. Russell (1991). *The future of the Mass Audience*: Cambridge University Press.
- Perkin, Harold (1987). «The Historical Perspectiva». En B. R. Clark (ed.) (1987). *Perspectives on Higher Education, Eight Disciplinary and Comparative Views*; University of California Press, Berkeley.
- Rolhstein, Stanley (1992). «University en transición»; *Facetas*, No. 98.

*Autor chileno, experto en el tema.